

CECILIA VALDÉS URRUTIA

Pensó primero encargarle el proyecto de su casa estudio a Le Corbusier, pero después Antoni Tàpies (1923-2012) se lo pidió al arquitecto modernista y cercano a Franco (siendo él republicano) José Antonio Cordech. El profesional diseñó un solar largo y estrecho ubicado en la periferia del barrio de Gracia, en Barcelona. La vida de Tàpies transcurría, junto a su mujer Teresa Barba, en su interior de ladrillos y estructura metálica junto a luminosos patios de luz. Vivían en forma sencilla, casi monaca. El pintor, escultor y teórico hasta casi sus 80 años, con problemas de audición, seguía trabajando con objetos y símbolos, que hablaban también de su cercanía con la cultura japonesa y la espiritualidad budista.

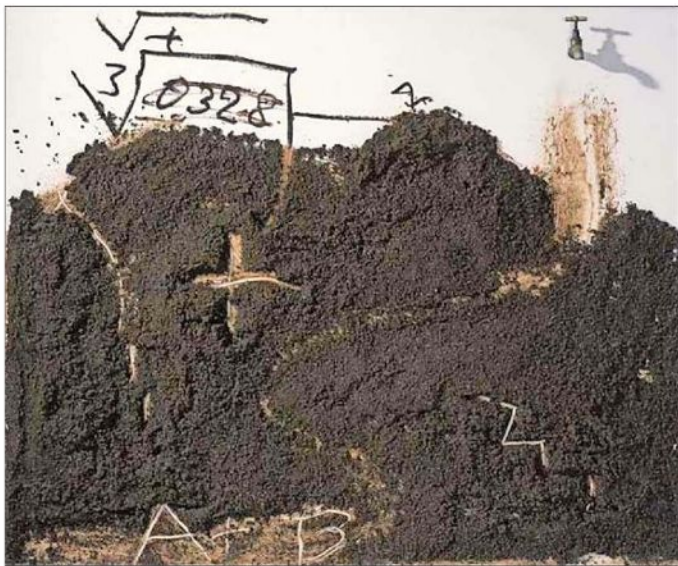
El más influyente artista catalán desde mediados del siglo XX —junto a Dalí y Miró— fue el protagonista del llamado “Informalismo español”. Fue innovador y también polémico. Pero a pesar de sus queiebres con la pintura tradicional nunca dejó de defender la existencia de ella, aunque confesaba sentirse más cerca de la poesía y de la escritura existencialista de Jean-Paul Sartre y Simone du Beauvoir. Su producción literaria menos conocida abarcó también varios libros. Y sus “prácticas pictóricas” contemporáneas incorporaban tierra, extraños objetos cotidianos, ropa, zapatos, escrituras y símbolos geométricos.

Conocido antifranquista, a pesar de ello afirmaba que “el arte no debe servir a la política. El arte busca romper muros y aportar. Y solo aspiro a que mi arte sea útil”, decía. Y lo fue. Abrió un nuevo hacer vanguardista con materialidades rudas y usos que quebraron lo acostumbrado y ampliaron las artes. Fue precursor de una fuerte tendencia de la pintura contemporánea que retomaron en Chile artistas como Balmes, Barrios y Bru, y que resuena con fuerza hoy en las artes visuales de la escena nacional y en el exterior.

El jueves pasado se cumplieron 100 años del nacimiento de Antoni Tàpies (1923-2012) y se dio inicio oficial a las celebraciones de su centenario. Los principales diarios españoles han dedicado sendos artículos. Hay nuevas investigaciones. El director y productor de cine Albert Serra empieza la realización de una película sobre el universo del artista. En Barcelona, la Fundación Tàpies partió con la muestra “La huella del zen”. Pero lo más gravitante es la retrospectiva —inaugurada en Bruselas—, que va al Museo Reina Sofía de Madrid, a principios del 2024, y luego a Barcelona. Integrada por casi 150 obras, pone en escena aspectos poco evidentes del artista como su relación con la espiritualidad japonesa y su afición a los libros. Y sumerge en sus dibujos sorprendentes e inesperados y con belleza (como los de amor), en otras obras disruptivas y volúmenes ensamblados de quien es considerado uno de los pilares de la abstracción y de la vanguardia española.

Padres burgueses y católicos. Una “capilla laica”

Autodidacta en el arte, Tàpies se reconocía deudor de Picasso y de Miró. Provenía de una familia de la burguesía catalana y su madre era una mujer profundamente católica. Algo que traza un hilo conductor en su obra, según reafirman investigaciones recientes. Tàpies se formó en un ambiente de cultura que lo impulsó en su obsesión por los libros como objeto, en su pasión por la filosofía oriental del budismo zen. Esa influencia par-



Tàpies introdujo tierras y arenas, los más diversos objetos y signos a su práctica pictórica contemporánea. Era un rompedor de esquemas, pero defendía la vigencia de la pintura.

VANGUARDIAS | Protagonista del “Informalismo español”:

El regreso de TÀPIES en su centenario

Integrante del gran trío de artistas catalanes de mediados del siglo XX, junto a Miró y Dalí, Antoni Tàpies desarrolló una obra centrada en la experimentación matérica, sensible a su tiempo convulso. En Chile su influencia trasciende. En Europa partió una retrospectiva y se develan aspectos poco conocidos del vanguardista, contrario “al arte que sirve a la política”.



“Gran pintura en gris”. Lo monumental y la escritura integran su estética que incorpora también una belleza cercana a la espiritualidad oriental.



Tàpies (1923-2012) con una de sus obras que cimientan la vanguardia y la abstracción. Era también un gran admirador de la arquitectura y seguidor de las letras.

tió, recordaba, cuando su padre le hizo leer de joven “El libro del té”, de Kakuzo Okakura.

Su abuelo era, además, editor y dueño de una mítica librería en la Plaza de la Catedral de Barcelona, ubicada muy cerca de la casa donde Tàpies nació, en la calle Canuda número 39. Reconocía también su pasión por la lectura gracias a la novela “La montaña mágica” de Thomas Mann. Y aunque le seducían los escritos de los existencialistas, afirmaba: “Soy agnóstico, pero también soy religioso”. Su cercanía a la espiritualidad budista se devela en sus pinturas semiabstractas con símbolos. Llegó, incluso, a construir una “capilla laica para la meditación” en la Universidad Pompeu i Fabra.

Poseedor de una notable densidad intelectual, Tàpies venía reflexionando —desde los sombríos años de entreguerras— sobre la condición humana, la situación histórica y la práctica del arte, en particular “sobre los límites y las contradicciones de la pintura”. Y aunque introdujo elementos de desecho en el soporte de tela o madera, siempre defendió la pintura. Se opuso al enunciado de la muerte de la pintura de los conceptuales de los años 60 y 70. Pero sí participó en ásperas polémicas en diarios españoles con artistas como el gran realista español Antonio López García, quien defendía y defiende el valor de un realismo pictórico contemporáneo.

Tàpies no estaba tan lejos de su concepción esencial de la creación artística, y aunque era conocido por su compromiso político, señalaba: “Cuando el arte se pone al servicio de la política deja de ser arte”. Hizo obras, obviamente, de fuerte contenido social y sensibles a su tiempo, y también homenajes a figuras como García Lorca (Roser Bru pintó muchos similares). Y sus afiches sí eran más políticos, insertos en ese género.

Carta de amor en 50 dibujos

La retrospectiva en el Museo en Bruselas —con la curaduría de Manuel Borja-Villel— está integrada por 120 piezas emblemáticas, y parte por sus dibujos y autorretratos figurativos. Se centra en la

década del 50, los años de más influencia de Picasso en él. En ese tiempo se produjo su gran ruptura: ingresó en una etapa solo matérica. Se exhiben obras hechas a partir de viejas vestimentas, huellas humanas y sobre situaciones cotidianas.

Hay dibujos y pinturas con escritos que hablan de temas que le inquietan, como “Caligrafía”, “Lectura” y “Libertad”. Desarrolló obras que simulan muros, enormes paredes que aluden a su reclusión cuando estuvo enfermo de tuberculosis y/o metaforizan la situación sociopolítica durante los años de Franco en España, desde su mirada republicana. Están sus objetos ensamblados de los años 70 y 80, y culmina con la experimentación formal.

Sus trabajos con una estética más concentrada, pero que despierta la atención inmediata —como el interpellador “Calceñín gigante”—, demuestran sus postulados vanguardistas. La curaduría explora, a su vez, su profunda relación con la

estética de la caligrafía japonesa. Pero la retrospectiva da un giro aún más poético: culmina con 50 dibujos que integran una larga carta de amor entre Tàpies y “mi otra mitad”, como se refería a Teresa, su mujer. Consiste en un autorretrato con toda su simbología, página tras página, que en muy contadas ocasiones ha salido fuera de su casa museo.

No es fácil desplegar en una exposición la esencia de ese artista, autor de 9.000 trabajos de arte y quien fue considerado a la altura de Picasso, reconocen. Pero esta es la curaduría —celebrada por los medios— que siempre quiso hacer Borja-Villel. La exposición culmina en julio en la Fundación Tàpies en Barcelona. Mientras, continúan los estudios de ese ser humano misterioso y disruptivo; sensible y tajante. Crítico de ciertos hechos, pero abierto en otros, inimaginados. La libertad era esencial para él y el respeto por el otro. En lenguaje de hoy, no aceptaría las cancelaciones y combatiría los atentados contra el patrimonio urbano. Fue también cercano al rey Juan Carlos y a la casa real española que lo condecoró con el título de marqués de Tàpies, que recibió con humildad y orgullo, vestido con un impecable terno y corbata.

Tàpies abordaba temas que le apasionaban como la “lectura y la libertad”.

Crítica de arte

LIBRO

Martín La Roche: Un museo al interior de un sombrero

AMALIA CROSS

Existen varios tipos de museos. Entre mis favoritos se encuentran: los museos pequeños, las casas-museos (como la de Lezama Lima en La Habana, narrada por César Aira), los museos de magia y de fenómenos inexplicables, el museo de cerebros de Moscú (que conserva en formol las mentes brillantes de Eisenstein y Mayakovsky), el museo de Marcel Duchamp con sus piezas en miniatura dentro de una maleta y más recientemente se ha sumado a mi lista el Museo Legítimo del artista chileno radicado en Ámsterdam Martín La Roche (Santiago, 1988). Su museo es un museo dentro de un sombrero y es, también, un homenaje a la galería que Robert Filliou transportaba sobre su cabeza. Fue este artista francés, miembro de Fluxus, quien dijo que “el arte es lo que hace la vida más interesante que el arte”. Una frase que bien podría ser el lema del museo de La Roche.

El Museo Legítimo se inauguró en 2017 y ya tiene en su colección 176 obras de artistas de diferentes

partes del mundo, 11 sedes o sombreros y varias exhibiciones en el cuerpo. Una exhibición ocurre cada vez que el artista, como si fuera un mago, saca del fondo de su sombrero una selección de pequeñas piezas que dispone —en el suelo, en una mesa o en la calle— frente al público para desplegar con ellos un diálogo en torno a cómo llegar las obras al museo, quiénes son sus creadores y qué significado tienen.

El interés por las historias que se esconden en estos objetos motivó la publicación de la primera parte del Catálogo Razonado del Museo Legítimo. Se trata de un libro (70 ejemplares numerados) impreso en risografía que se presentó, hace unos días, en PrintedMatter Inc., un espacio fundamental para la historia de los libros de artistas fundado en 1976, en Nueva York, por Sol LeWitt y Lucy Lipard.

El libro es una introducción al proyecto y una reflexión aguda sobre la institucionalidad del arte. Su lectura me hizo pensar en los museos chilenos. En aquellas instituciones que subsisten como por arte



de magia: casi sin presupuesto ni personal suficiente. En este caso, La Roche hace de director, conservador, curador, montajista, relacionador público, encargado de saber y mediador, entre muchas otras funciones que depara la mantención de un museo. Mientras que el gesto de hacer aparecer cosas inver-

rosímiles del interior de un sombrero nos remite a la relación entre la magia y el arte, y a la estrecha proximidad que existe entre la figura del mago y el artista. Sobre este tema, en una conferencia, Alfredo Jaar comentó que cuando se percató de que el arte no lo ayudaba a cambiar el mundo, decidió

convertirse en mago. De esa experiencia frustrada se conoce una fotografía a color en la que el artista aparece vestido con sombrero de copa y varita mágica.

Martín La Roche no se viste de mago y de su sombrero no emergen rosas rojas, conejos blancos ni pañuelos multicolores (aunque no

descarto que eso pueda ocurrir), sino pequeños objetos cargados, como talismanes, de un extraño poder capaz de hacer aparecer dentro de nosotros algo que antes no estaba ahí: una sensación de asombro y emoción. En este sentido, en el Museo Legítimo de Martín La Roche la magia es un conjuro entre personas, historias y objetos que caben al interior de un sombrero.

Nota: También es cierto que hay trucos que salen mal o que no resultan como se esperaba. Ese fue el caso del intento por hacer desaparecer la escultura “Unidos en la gloria y en la muerte” de Rebeca Matte del frontis del Museo Nacional de Bellas Artes. De un momento a otro, la obra de la artista se hizo humo y en su lugar apareció una enorme piedra de fibra de vidrio de Enrique Matthey. Este ilusionismo me recuerda a otro. Al malestar que provocó en las sufragistas la invención, hace más de 100 años, de un acto de magia que consistía en cortar en dos (con serrucho) el cuerpo de una mujer. Al igual que en ese entonces, resulta difícil disfrutar de un espectáculo de este tipo sin pensar en la violencia inherente del gesto.

Museo Legítimo (Sombrero de hongo), 2017-2023. El Museo Legítimo de Martín La Roche la magia es un conjuro entre personas, historias y objetos que caben al interior de un sombrero.

FOTOGRAFÍA DE STEVE RENCH